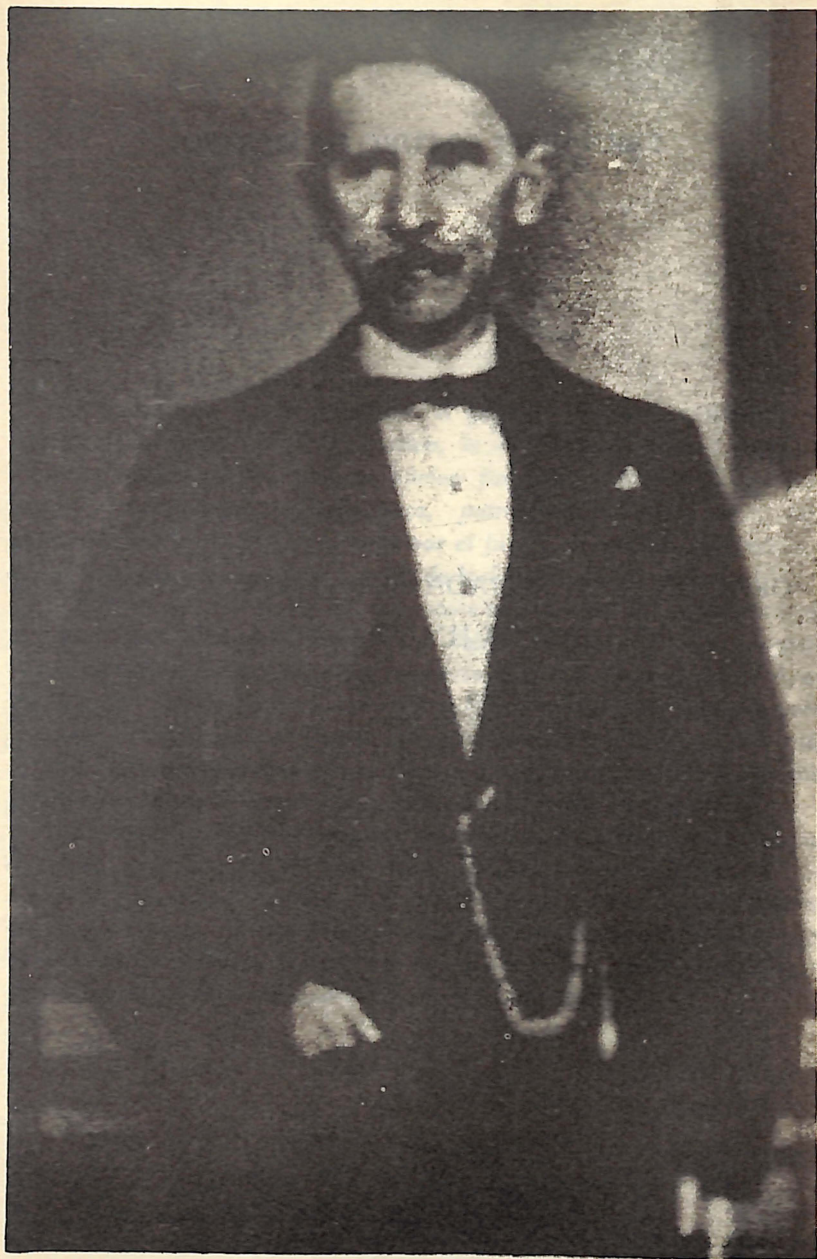


FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

ORACION PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL EN LA  
APOTEOSIS DE JUAN PABLO DUARTE



Unica fotografía que se conoce, de Juan Pablo Duarte. Fue tomada en Caracas, poco antes de su fallecimiento.

De Fernando Arturo de Meriño

1884

Vae mihi, ut quid natus sum videre  
contritionem populi mei et contritio-  
nem civitatis sanctae et sedere illic  
cum datur in manibus inimicorum?

Omnis compositio ejus ablata est.  
Quae erat libera facta est ancilla.

"Ay de mí! ¿por qué nací para ver  
la ruina de mi pueblo y la ruina de  
la santa ciudad y estarme sentado en  
ella mientras que es entregada a ma-  
nos de sus enemigos?"

"Todo su atavío ha sido quitado. La  
que era libre ha sido hecha esclava! "

(Machab. Lib. I, cap. II, y v. v. 7o. y 11o.)



UAN pesados transcurrían los años desde que en 1822 invasoras huestes venidas de Occidente hollaron la tierra de nuestros progenitores sometiéndola a su dominio y señorío! Espesas eran las sombras de aquella larga noche de infortunio que envolvían como en sudario inmenso las glorias de un pasado heroico. La fatal inercia, a que reduce prolongada servidumbre, mantenía el

espíritu nacional aletargado, y apenas daba señales de poder despertar con su antigua fiereza y bizarría. Conservábase, empero, el fuego sagrado del amor patrio siempre alimentado por nuestros oprimidos ascendientes, y en el retiro del hogar, en lenguaje cauteloso, los padres transmitían a sus hijos gratos conmovedores recuerdos de otra época feliz, que encendían en sus pechos los anhelos de libertad.

Y creció una generación en medio a la vida monótona del penoso cautiverio que llevaban sus mayores, sin encontrar ni espacio desembarazado en que moverse, ni luz que reverberase sobre su frente, ni horizonte que le sonriera atrayéndola con halagadoras esperanzas. Encontraba sí el ojo suspicaz del dominador espionando su adolescencia por todas partes, yalzada sobre su cabeza la manopla de hierro que se aprestaba a caer sobre ella para inutilizarla avasallándola, apenas asomase en su rostro juvenil el signo de la virilidad.

Situación desesperante, señores, para quienes ni columbraban siquiera que pudiese alborear el día de su redención, viéndolo todo humillado bajo la planta de sus opresores. Pero existe Dios, que jamás deja perecer conculcados los santos derechos, y que si permite el abatimiento de los pueblos en castigo de sus vanidades hasta parecer que se olvida de ellos, guarda también sus auxilios para acudir a protegerlos a su tiempo y sazón.

Allá en la antigua Metrópoli habíase educado un joven de claro talento, hijo de esta capital y de una familia distinguida por su posición social, por sus piadosas virtudes y por su acendrado amor al patrio suelo. Era, sin duda, el elegido del Señor para que devolviese el regocijo al corazón angustiado del pueblo creyente que clamaba a las puertas de su justicia. Le había llevado de la mano y puéstole en camino de ir a templar su alma varonil al sol de sus antepasados. Encendió en su pecho la llama inextinguible que volcaniza el de los grandes predestinados, y circundó su espíritu de los esplendores del genio y del heroísmo.

El nombre de ese joven, señores, vuestros labios lo pronuncian con respeto y vuestro reconocimiento lo bendice: llamábase JUAN PABLO DUARTE.

Cuando regresó de Europa rico de juventud, de conocimientos y de ilusiones, y halagado por la bella perspectiva de un porvenir lisonjero, triste fue su impresión a la vista de la patria abatida y desolada. Figuráos en qué ondas de melancolía debió encontrarse entonces aquel corazón que Dios había conformado para que vibrasen fuertemente en él las fibras del patriotismo, al más ligero toque del pundonor nacional... Cercábanle los dolores de sus ciudadanos, las agonías de las matronas, las tribulaciones y lágrimas de las vírgenes, las tristezas del santuario y del culto y todas las tropelías y todos los vejámenes ejercidos por un poder arbitrario y despótico; y parábansele delante en toda su desnudez la vergüenza, la ignominia y la abyección sufridas. Erale inconcebible, a él que traía en su sangre el calor más latente del patrio orgullo, que la raza belicosa de tantos varones esforzados hubiese venido tan a menos soportando infamante dominación; y, torturado su espíritu, bullendo unas veces hirviendo cólera en su pecho lacerado, y otras sintiéndose desfallecido de pesar, debió exclamar como Matatías: "Ay de mí! ¿por qué nací para ver la ruina de mi pueblo y de la santa ciudad y estarme en ella sentado mientras se halla en manos de sus enemigos? ... Todo su atavío ha sido quitado: la que era libre ha sido hecha esclava! "

Y de alguno de aquellos momentos de indignación y de dolor había de levantarse en su alma la tempestad. Los graves pensamientos del patriotismo herido, suscitan y alimentan fuertes pasiones que la producen.

De ahí que se le viese de luego a luego tornarse taciturno y distraído en horas de llanas expansiones, como quien busca con ahinco en el fondo del discurso la resolución de difícil problema, y que fuese siempre el malestar público tema obligado de sus confidencias amistosas.

Era, señores, que del pacífico ciudadano iba surgiendo el héroe—caudillo. Las circunstancias consagraban sus ejecutorias

que él sabría merecerse haciéndose digno de honrosa inmortalidad.

¿Ni qué importa que el vaso de elección sea de rico metal o de humilde arcilla si ha de servir a llenar los fines providenciales a que el Señor lo destina en sus designios inescrutables? DUARTE no aparecerá ante la posteridad como esos paladines legendarios que la fama se encarga de eternizar por sus ruidosos hechos de armas e insignes victorias, ni sería tampoco cordura pretender para él timbres no merecidos, por labrarle mayor engrandecimiento; que, aparte de que el vaso es siempre de barro, las renombradas acciones de los héroes se condensan en el cielo de la historia formando astros de varias magnitudes, pero siempre astros, y nuestro caudillo fue adecuado para las necesidades especiales de aquella situación, para hacer llevar a cabo la reivindicación de nuestros derechos; y si limitados se juzgan los vuelos del Prócer esclarecido, suficientes fueron para darnos Patria y Libertad.

A su honra y gloria, señores, y como justo tributo de admiración a sus levantados sentimientos patrióticos y ejemplar abnegación cívica, voy, pues, a consagrar algunas palabras que ojalá respondan a los nobles propósitos de los que concurren a solemnizar este acto en testimonio de gratitud nacional.

Los que conciben y acometen peligrosas empresas por el bien común, poniendo sus facultades al servicio de una noble idea con conciencia y fe inquebrantable, son, señores, privilegiados caracteres que revelan verdadera grandeza de alma. Y así, afortunados o no en el resultado de su obra, se merecerán al cabo las simpatías de los corazones generosos, los aplausos de las naturalezas elevadas y las bendiciones del reconocimiento que les guarda siempre la historia para hacer esplender su fama imperecedera. Esos son verdaderos héroes que sacrifican su paz y su hacienda y todas sus personales conveniencias y desprecian los abismos de la muerte con imperturbable serenidad.

De ese espíritu abnegado y vigoroso sintióse DUARTE animado, y se remontó a esas alturas cuando hizo la resolución

de rescatar los preciosos fueros de su nacionalidad, rompiendo el yugo de la tiranía.

Rodeado de un grupo de jóvenes que, con él, tenían el pudor de sonrojarse en la humillación, les habló un día el lenguaje elocuente y enérgico de la dignidad de la ciudadanía ofendida, y les excitó a la lucha contra el poder dominante.

Inflamados sus corazones en santo amor patriótico, dilatáronse al oírle, llenos de ardoroso entusiasmo, y unísonos, exclamaron como los fuertes de Israel: “Alcemos el abatimiento de nuestro pueblo y peleemos por nuestro pueblo y por nuestras cosas santas! *Erigamus dejectionem populi nostri et pugnemus pro populo nostro et sanctis nostris.* (1).

Y juraron libertad o muerte.

Eran nueve, señores, los bizarros conjurados que en aquel momento de febril exaltación, sintiendo hervir en sus venas la sangre de su pujante raza, recogían en las palabras del vehemente orador el aliento de millares de compatriotas afligidos para enfrentárseles a sus opresores.

Fundaron la célebre “Sociedad Trinitaria” que había de pronunciar el tremendo veredicto contra la exótica dominación haitiana.

Quién hubiera podido sospechar entonces, al ver a aquellos mancebos radiantes de gozo y sin acariciar sueños egoístas de privadas glorias, que tantos frutos amargos habrían de cosechar en breve por premio a su civismo heroico!

Oh! la juventud... ¿Conocéis el misterio de sus impulsos generosos, de su abnegación y de sus sacrificios, de su fe y de su heroísmo? Es, señores, que todo lo ignora en el orden de las tristes realidades, y así, todo lo cree y todo lo espera colocándolo todo en el cielo de sus ilusiones. Es que la juventud no ha visto al hombre ni mucho menos a la sociedad, a este ser abismo que refleja tantos rayos de luz y comprende tantas tinieblas, que representa grandeza y majestad y es, no obstante, amasijo de miserias. Sí, es que no ha puesto la mano y palpado ni alzado el velo y mirado. No, diré extendiendo el pensamiento de un ilustre orador sagrado, (2) no ha abordado aún a esa playa en donde las olas del agitado mar de la vida han ido hacinando

tantas plantas amargas, ahondando tantos surcos y depositando tantos gérmenes ponzoñosos de corrupción y de muerte.

¡Secretos de la sabiduría de Dios que pone vehementes aspiraciones en el corazón de la juventud y alegre esperanza sobre sus ojos cándidos, para que puedan realizarse grandiosos hechos en el curso de la vida humana!

La mencionada Sociedad garantizó su existencia y la inviolabilidad de su centro de acción, empleando todos aquellos medios precavidos e ingeniosos que la mente puede excogitar, y, merced a esto, pudo ramificarse ganándose adeptos por todo el territorio dominicano y burlando siempre la vigilancia y pesquisas de los enemigos.

Cuéntase, empero, que uno de sus miembros tuvo la flaqueza de faltar al compromiso del sigilo, y la Sociedad hubo de dejar en breve tiempo de seguir siendo el cerebro de la conspiración. Quedaba, no obstante, construida la red para que nunca más se interrumpiesen las relaciones de los afiliados entre sí.

Y como es propio de las inteligencias superiores concebir lo principal o necesario en la preparación de los grandes hechos, a DUARTE cupo el honor no sólo de haberlo inventado y combinado todo con delicado acierto para facilitar los trabajos de propagación rodeándolos de sombras impenetrables, sino que concibió asimismo el alto pensamiento de aficionar a los estudios y estimularlos con su ejemplo a varios de sus jóvenes colaboradores, cosa de ir sazonzando en ellos la idea y principios revolucionarios al calor de nutrida instrucción y prevenir a la vez los elementos reparadores que habrían de utilizarse en el nuevo orden de cosas llamado a surgir de la independencia.

Tuvieron de profesor a un ilustrado sacerdote de corazón dominicano, hijo del Perú, a quien me es grato recordar en esta circunstancia solemne y encomendarlo a la gratitud nacional: el Presbítero Gaspar Hernández. Algunos ciudadanos han logrado alcanzar en la República mayor renombre: ninguno, empero, lo ha merecido tanto como aquel obrero generoso de nuestra libertad. Murió en el destierro y reposan sus restos en pobre e ignorada sepultura.



A la "Sociedad Trinitaria" sucedió la "Filantrópica", que si no de carácter político, fue, sin embargo, nueva fragua en que se inflamaba el honor cívico para templar los ánimos apocados excitándolos con representaciones dramáticas en las que los mismos conjurados hablaban atrevidamente al pueblo el lenguaje de la insurrección.

Y así y de varios modos proseguíase la difusión de la idea separatista, comunicando DUARTE su espíritu al espíritu público por medio de los diversos prosélitos y singularmente por la intervención de sus activos compañeros que infiltraban la savia ardiente de su naturaleza viril por todas partes, confortando los caracteres débiles, atrayendo a unos de su tímido desvío, haciendo sacudir a otros su funesta inercia y poniendo a todos en el camino de la dignidad nacional.

La Reforma de 1843 vino, intertanto, oportunamente. El Señor franquea la vía a los acontecimientos que preside la justicia. Ariete poderoso contra el sólido gobierno del Presidente Boyer, aquella revolución favoreció en gran manera la ya extendida conspiración del Este; pero también dio margen a indiscretas expansiones de parte de algunos conspiradores, y el ojo del dominador, siempre receloso y en acecho, no pudo dejar de aperebirse de la trama urdida. Comenzaron por tanto las persecuciones, y DUARTE y otros tuvieron que tomar el camino del destierro.

La tempestad, empero, había ido condensándose demasiado por toda la atmósfera del territorio dominicano. El rayo estaba a punto de estallar.

Henchido el pecho de indignación; encapotada la frente por graves meditaciones y despidiendo relámpagos sus ojos, aquellos denodados mancebos que quedaron ejerciendo la principal acción revolucionaria, cambiábanse ideas siniestras, desatentadas, de venganza y exterminio, a la vista del enemigo engreído e insolentado, y de tal suerte aguijoneados por el despecho y la impaciencia, comenzaron a soplar violentamente su aliento calcinante por poblaciones y campos.

El sepulcro de la nacionalidad se estremecía y los muertos resucitaban!

En tal estado las cosas y los ánimos vino a esta capital en alas del escándalo la sorprendente nueva de que allá, en Puerto Príncipe, algunos de los representantes del Este se concertaban con un alto funcionario extranjero para proclamar la independencia al amparo de una nación europea. Es decir, Señores, que estaba a pique de realizarse el pensamiento que venían incubando ya de muy atrás hombres de poca fe, que no creían quizá mutilar su patriotismo abatiéndole el vuelo por medrosas inspiraciones.

Por esto se precipitaron los sucesos, y el sol del 27 de Febrero de 1844 se alzó espléndido llevando encendidas en sus rayos de fuego las palabras DIOS, PATRIA Y LIBERTAD, lanzadas del heroico pecho de un puñado de patriotas enardecidos a la faz de los armipotentes enemigos que, llenos de estupor, las leyeron como un reto de muerte. Todos nuestros pueblos las repitieron en himno de triunfo con general entusiasmo, y la REPUBLICA DOMINICANA fue!

No le cupo a DUARTE la satisfacción de ser en aquel día glorioso el héroe de la jornada. La Providencia, que distribuye sabia y equitativamente las gracias, favoreció al no menos esclarecido patriota Francisco del Rosario Sánchez, discerniéndole honra tan insigne, galardonando así sus altos merecimientos.

Imagináos las efusiones del regocijo, los transportes de común alegría, las expansivas fiestas de familia, los cantos del pueblo y su aire marcial, la simpática prestancia personal de los improvisados primeros magistrados y jefes militares y todo lo que en aquel día por siempre memorable y los siguientes embargaba los ánimos alborozados...

¡Qué bellos albores iluminaron la Patria de Febrero y quién habría de imaginarse en aquellas horas de suprema felicidad que tan cerca venían las venenosas intrigas agitando sus negras alas a arrojar crespón de duelo sobre tantos corazones entusiasmados!

Mas, nótase el vacío del gran caudillo y de sus compañeros de destierro. La solemnidad de aquella fiesta estaba incompleta. La República naciente necesitaba, además, del ferviente

concurso de sus principales creadores. Envióse por ellos a la vecina isla de Curazao y vinieron presto, pisando el suelo de la patria libre y saludados por entusiastas aclamaciones.

DUARTE, empero, no ocupa el primer puesto que le correspondía, sino que, sordo a las insinuaciones de la lisonja y esquivo al acicate de la ambición, se inclina ante la majestad de la autoridad constituida y pide sus órdenes para servir con cualquier carácter y en cualquier destino los grandes intereses de la independencia realizada. Fue elegido Miembro de la Junta Central Gubernativa y se le envió de Delegado ora al Sur ora al Cibao.

Corría el mes de julio. El trueno pavoroso de las primeras batallas había estremecido ya el suelo de la República, y ésta alzaba la frente coronada de laureles. Y empeñada estaba la sangrienta lucha, convocándose al eléctrico resonar de los clarines y atambores a todos los ciudadanos que acudían con emulación y ardimiento a morir o vencer en la terrible lid, cuando graves sucesos interiores producen sorprendente crisis. Cambiaba la faz de la situación política. La fuerza armada daba el primer paso en la vía funesta de la rebelión contra el ejercicio del poder público. Comenzaba, Señores, el reinado tiránico y desastroso de las discordias civiles.

En agosto regresa DUARTE prisionero traído de Puerto Plata para ser condenado a destierro perpetuo como sedicioso y traidor...

Permitidme, Señores, que no satisfaga vuestra legítima curiosidad acerca de este punto, corriendo un velo sobre las causas de su infortunio. No, yo no quiero ni debo en este día poner la mano en los dolores de la patria. Quédele a la historia el penoso encargo de revelarlos y sacar de ellos las lecciones que de tanto provecho han de ser a nuestras generaciones venideras. ¿Ni cómo no he de contener la palabra por más que del corazón tengan que brotar amarguísimas quejas contra los que insultaron, persiguieron e infamaron al egregio patricio, si aquí estoy no para despertar recuerdos de ignominia que conmovieran aún las frías cenizas de la víctima, sino para contribuir con mi pobre contingente a hacer el merecido elogio

de sus preclaras virtudes cívicas en desagravio también de aquellas injusticias e ingratitudes con que le afligieron sus coetáneos?

Fuerte dolor quebrantó su corazón al salir de la patria llevando en su frente mustia el estigma del vituperio. Acongojóse su alma sensible y, cercada de tristezas, cayó en profunda melancolía. Se encaminó a las selvas de Río Negro, lugar impenetrable de la República de Venezuela sólo habitado en aquel tiempo por tribus salvajes, a ocultar su desencanto y a pasar en el silencio y la soledad el resto de sus días amargos.

Oh! yo le ví después y recogí de sus labios convulsos el triste relato de aquella honda pena que acibaró para siempre su existencia; y le oí también perdonar a sus gratuitos enemigos. Dolíanle solamente los males que había sufrido y sufría entonces con mayor intensidad la patria de sus sueños, empujada hasta el abismo por las luchas fratricidas, que tanto horror le inspiraron a él desde el principio y que jamás quiso contribuir a alimentar. Ventiún años habían transcurrido desde su destierro hasta entonces.

¿Y sabéis lo que únicamente tuvo poder bastante para sacarle de su ignorado retiro y devolverle al trato de sus conciudadanos? El patriotismo! Muy extenuado ya por las enfermedades, privaciones y profundos disgustos, su vida parecía próxima a extinguirse.

Un periódico, mensajero misterioso que la Providencia, tal vez, hizo caer en sus manos, le impuso de lo acaecido en la República en el año 1861, y al punto sintió renacer en su mente las lejanas visiones que había acariciado en su mejor edad. La voz de la nacionalidad sacrificada no podía menos de hallar dilatado eco en su patriótico corazón, y voló a hacerse inmolar con ella o a contribuir a salvarla. Y, oh misterios del destino! Sánchez le había ganado también ya el primer premio del martirio luchando por la misma noble causa: ¡Qué hombres tan grandes!

Su inesperada presencia en el Cibao, en el teatro sangriento de la titánica lucha que habían empeñado los indómitos batalladores de la Restauración, sobre las cenizas humeantes aún

de la heroica ciudad del Yaque, impresionó como présago feliz y saludóse en su aparición la resurrección de la patria.

Conmover y edificante ejemplo de civismo! Oh! ¡cuánto se engrandece Duarte por este solo acto!

El Gobierno Provisional le rodeó de consideraciones y escuchó sus consejos con respeto, y no pudiendo utilizarle en los trabajos fatigosos de aquella situación por su delicada salud, le investió de plenos poderes encargándole de la representación de la República en Venezuela y facultándole ampliamente para que obtuviese recursos y le prestase así importante ayuda a la revolución.

El buen éxito coronó al fin los esfuerzos de nuestros bizarros lidiadores. La Patria de Febrero ciñó de nuevo su brillante aureola y volvió a sentarse en el festín de las naciones libres ataviada con las ricas preseas que le dieran renombradas victorias. Mas, la guerra civil se dio prisa en volver a eclipsar su triunfo, y DUARTE, Señores, se resignó a su vez a permanecer siempre alejado de nuestras ruinosas contiendas.

Pero el destierro prolongado gasta los resortes más acerados del vigor de la juventud y rinde en la edad madura la energía del alma mejor templada. En la juventud las esperanzas tienen sus mirajes consoladores que sustentan y alientan en la lucha, porque la vida que avanza confía siempre en lo porvenir, mas, para la edad proveya comienza todo lo sombrío y triste, porque la vida desciende; y si la indigencia y los quebrantos físicos la precipitan, en el corazón sólo hay anhelos por descansar.

No, DUARTE no podía resistir más a la desgracia. Pobre hasta la suma estrechez y disputándole constantemente su ya deteriorada salud a una cruel enfermedad, debió sucumbir.

Preparado cristianamente y bajo el cariñoso abrigo de los puros afectos de su familia desolada, entregó su espíritu al Señor en la ciudad de Caracas, el día 15 del mes de julio de 1876, a los 63 años de edad.

Educado en la piedad religiosa, guardó siempre intacto el tesoro de su fe y acudía al Señor en las congojas de su corazón. En su grande alma mantuvo altar para su Dios y para su patria,

y así sus virtudes cívicas llevaban el suavísimo perfume de sus virtudes cristianas.

Y ponía también su confianza en el patrocinio de la Virgen llena de gracia, cuya imagen colgara de su cuello en días de zozobras su madre atribulada. Reliquia preciosa, señores, que llevó siempre con devoción y filial amor y que hoy me envanezco de poseer como el más tierno recuerdo del amigo muerto.

Oh sí! Dios le bendijo en su muerte...

Mas he aquí, Señores, al mártir proscrito que vuelve ya en brazos de la gloria a reposar en la tierra de su amor. El espíritu patriótico se ha inclinado sobre sus huesos áridos y los ha llamado de la extranjera hospitalaria tumba en que yacían para destinarles a recibir perenne tributo de veneración de nuestras generaciones.

Volviste, ilustre varón, volviste al cabo de ocho lustros de dolorosa ausencia con toda la honra que te merecieron tu abnegación y sacrificios y tu ferviente patriotismo. Digno eres de la apoteosis con que tu pueblo ensalza las grandes virtudes que en ti resplandecieron.

Acudid, manes venerandos de Sánchez y Mella y Pina y Concha y Pérez y de tantos beneméritos patriotas muertos, y exultáos en este día de vuestro triunfo. Erguid la ennoblecida frente que llevó apacentado el sublime pensamiento de la Independencia y Libertad de la Patria, puesta la confianza de su realización en el Dios de las Misericordias. Todos cabéis aquí con holgura en el santuario del reconocimiento y todos tenéis mucha parte en los honores que tributamos al eminente ciudadano que elegísteis por caudillo. Compañeros fuísteis en los días de las persecuciones y de los peligros: la gratitud nacional os une en este gran día de los homenajes y de las alabanzas.

De este ilustre Ayuntamiento y del actual Gobierno sea toda la prez por tan dignísima reparación!

Enmudezca ahora la lengua, Señores, y recójase el espíritu a meditar en las vanidades de los juicios humanos y en la infalible justicia de Dios. El que ayer fue abatido es hoy

ensalzado: la víctima se alza por sobre sus victimarios dignificada con las ejecutorias de la inmortalidad.

Oh! sepulcro amado que has de encerrar para siempre estos preciosos restos! humílese ahora y quede postrado ante ti el monstruo de la discordia civil. Salgan de tu seno voces salvadoras que inspiren la conciencia de todos los ciudadanos, moviéndoles al cumplimiento del deber, y sé prenda de perpetua felicidad para la República.

Padre de la Patria! en el Señor y en ella descansa en paz!

(1) Macab, L. I, cap. III v. 43.

(2) Lacordaire.

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...

... de la Patria, que el Señor y en ella hiciera...